

del pueblo son indios e indias, y sin embargo los habitantes del puerto organizan excursiones a los campamentos indígenas de Temuco y alrededores, para conocer a los indios, los auténticos, los descendientes de sangre araucana más o menos pura. La autora tal vez ha encontrado sonoro el vocablo, lo que en ella no es extraño, pues es su debilidad reconocida, y lo ha aplicado a una masa de pueblo a la que no corresponde con exactitud. También debe notarse, y en esto estriba a nuestro modo de pensar el peor efecto que la novela produce, la impresión despectiva que resulta de la novela para el lugar en que ocurre. No es Valparaíso esa ciudad inhospitalaria, menguada, sórdida, que la autora nos pinta, y ella no debió hacerlo jamás ya que en Valparaíso se inició en la literatura y de prensas porteñas salieron en 1895 sus primeros ensayos poéticos, versos ocasionales de festividades religiosas, vulgares, prosaicos y ramploes.

Transcurridos algunos años y en el apogeo de su fama fácil—Premio Fastenrath 1922 y candidato al Premio Nobel según la ilusión de las Damas Catequistas españolas—la autora ha recordado a Chile, al Valparaíso que ella conoció, ha creído necesario describir un terremoto con salida de mar, y nos ha regalado el presente griego de *Tierra firme*.

Es el inconveniente que tienen los recuerdos. Cuando como en el caso actual son falsos y desprovistos de toda realidad, poco agradables y faltos de la más mínima emoción artística que los anime, denotan que la persona que recuerda comienza a en-

vejecer o, no quisiéramos creerlo, ha envejecido mucho. Espiritualmente, se entiende.—*Abel Valdés A.*

## BIOGRAFIA

EL REY FELÓN O LOS SEIS AÑOS INICUOS, por *Cristóbal de Castro*

Según la admirable fórmula de Benjamín Jarnés, «novela es el arte de crear un hombre y biografía es el arte de resucitarlo». En realidad no puede haber más alta y digna función a los estudios biográficos que la de reconstruir el ambiente en que se desarrollaron las acciones de un político o un pensador y descubrir las características de temperamento que las determinaron, justificándolas en cierto modo y contribuyendo siempre a hacer luz en la historia. Con frecuencia se da el caso de que uno de estos estudios sirva de base para la revisión de un proceso, fallado por la opinión pública y el juicio de los historiadores sin conocimiento de antecedentes íntimos, que a veces limitan o amplían el campo de una acción política. Tal o cual problema alcanza una solución determinada por los medios que se encuentran al alcance del hombre público destinado a resolverlo. Y la biografía establece, posteriormente, las razones que impulsaron a éste para actuar de tal manera. Todo esto busca el estudioso, por amor a la verdad y por la conveniencia de conocer precedentes que faciliten, o cuando menos sirvan de ejemplo para resolver análogos asuntos en el porvenir.

## Los libros

Mas es tarea difícil esta de resucitar a un hombre. Se requiere para ello una información abundante y fidedigna y en cierto modo una identificación del personaje con su reanimador, pues hacer biografía que pudiéramos llamar de combate, o sea copiar crónicas para criticar acerbamente, aunque en términos vagos, tal o cual acción pública, no equivale sino a hacer crítica política de mezquino valor. Tal es el caso de Cristóbal de Castro y su último libro: *El rey felón* (1).

En un volumen de doscientas cincuenta páginas se coleccionan párrafos de las memorias del Marqués de Miraflores, de Alcalá Galiano, de La Bisbal, de cuantos tuvieron actuación durante el funesto reinado de Fernando VII en España, para formar con ellos una gacetilla de los hechos que tuvieron lugar en aquella época, sin más acotación que la adjetivación innecesaria y estúpida de un liberal de asambleas populares.

En el libro mencionado no existe personaje. Los acontecimientos desfilan como en una cinta cinematográfica formada por la primera plana de los periódicos de aquel tiempo. El autor no pesquisa los pasos de los políticos en los salones cortesanos, no se adentra en el ánimo del Rey, sino que se limita a declamar contra el absolutismo y la ingratitud de un Monarca, cuya inepticia no demuestra y cuyos móviles desconoce totalmente.

---

(1) *El rey felón o Los seis años inicuos (Liberales y serviles)*. Rafael Caro Raggio, editor. Madrid, 1929.

Así, no se justifica, en modo alguno, la audacia llamativa del título, ni puede ser considerada esta una obra seria relacionada con la vida y propósitos de Fernando VII. En cuanto a los dos subtítulos: *Los seis años inicuos* y *Liberales y serviles*, que parecen anunciar un estudio de las costumbres y prácticas de la época, tampoco encuentran correspondencia en las páginas que les siguen. No es una historia, por cuanto no se refiere a los hechos en sí mismos, a la forma en que se originaron, a los conflictos que produjeron y la trascendencia que lograron alcanzar, sino en cuanto afectaron a determinadas personas para proporcionarles éxito o desmedro político y social. Así, todo gira alrededor de tal o cual muestra de lealtad de un general, un acto caballeresco de un diputado, una demostración sumisa de un obispo, en contraposición con la hipocresía de un monarca, inconstante en sus afeciones, tortuoso en sus procedimientos, cuyas felonías, por otra parte, aparecen explicadas, en el mismo libro, por la falta absoluta de moralidad y honradez de que adolecían cortesanos, militares y obispos.

En este período de la historia española es donde se hacen más necesarias las investigaciones prolijas, a fin de establecer cómo se generó aquel dichoso acatamiento a la Constitución por parte del Rey y sus decretos posteriores, en que se desconoce el imperio de aquélla y se anulan los efectos de un juramento obtenido por la presión popular. Sin duda que es de gran importancia el estudio de la fuerza que logró en aquella época la opinión pública y el mal uso que de

ella hizo, puesto que serviría de enseñanza práctica al pueblo español en las actuales circunstancias. Pero Cristóbal de Castro no es un erudito. Se ha contentado con hacer profesión de liberalismo y recorrer los diarios y gacetas de la época, para formar un libro repleto de adjetivos, declamatorio e insuficiente desde el punto de vista histórico y biográfico.—*F. Ortúzar Via*'.

ELISABETH AND ESSEX, por *Lytton Strachey*.

Lo que da el tono y la calidad de Lytton Strachey entre los contemporáneos autores de biografía, es además de un estilo de perfecta elegancia británica, un estilo fluido como una conversación, su manera peculiarísima de enfocar el personaje histórico que no tiene semejanza alguna con el método de Ludwig o de Maurois. Muy escasa es la bibliografía de Lytton Strachey. Apenas cuatro libros que versan sobre los dos períodos más característicos de la historia inglesa, aquellos en que el genio del hombre inglés se presenta al observador con mayor relieve y mayor cualidad diferenciadora. El período de la Reina Isabel con que parece empezar, mejor que con el advenimiento de los Tudores, la historia moderna inglesa: esos cuarenta últimos años del siglo XVI y primeros años del XVII que son los de la formación del poderío marítimo de Inglaterra, los años de Drake y de Sir Walter Raleigh, que corresponden en el terreno de la cultura al drama

de Shakespeare y al *Novum Organum* de Bacon. Y esos cincuenta y tres últimos años del siglo XIX en que la vieja Inglaterra se siente segura y prolífica bajo la sombra augusta de la abuela Victoria. Isabel y Victoria, dos mujeres fuertes como la raza, que amamantan la historia inglesa.

Es así Lytton Strachey un biógrafo de reinas. Pero sabe defenderse de la exaltación y del patetismo, con un comedimiento a veces frío, en que estriba su perfecta objetividad de biógrafo. Objetividad, hemos dicho. Si lo comparamos con Ludwig, el gran biógrafo alemán, exaltado y bíblico como su raza judía, resaltaría claramente la diferencia. En Ludwig el autor parece intervenir a cada momento en la vida de sus personajes, emplea el contraste y el claroscuro, arrastra una prosa dilatada, sacudida de pronto por exclamaciones. Hay en Ludwig mucho más retórica y subjetivismo. De aquí la preocupación de Ludwig por el retrato. La etopeya es en Ludwig todo un género literario. Sus retratos podrían entresacarse de sus biografías formando piezas aparte. Se ve el procedimiento del escritor que concibe a su personaje con un colorido y una luz especial, y en el momento de retratarlo precipita sobre el papel todos los colores. El retrato de Lytton Strachey tiene otra estructura. No se podrían entresacar sus retratos. Circulan por el cuerpo de la obra como un agua subterránea. Lo mismo que en la vida no se nos presentan de un golpe las cualidades o defectos de un individuo, en los personajes de Strachey siempre hay algo por descubrir y adivinar. ¿A dónde irá este